

LAURENCE REES

EL HOLOCAUSTO

**LAS VOCES DE LAS VÍCTIMAS
Y DE LOS VERDUGOS**

CRÍTICA

LAURENCE REES

EL HOLOCAUSTO
Las voces de las víctimas
y de los verdugos

Traducción castellana de Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2017

El Holocausto. Las voces de las víctimas y de los verdugos
Laurence Rees

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Holocaust. A New History*

© Laurence Rees, 2017

© de la traducción, Gonzalo García, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-51-9
Depósito legal: B. 23.613 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

Orígenes del odio

En septiembre de 1919, Adolf Hitler escribió una carta de un inmenso valor histórico. En aquel momento, sin embargo, nadie comprendió su importancia, porque el Adolf Hitler que redactó aquella carta no era nadie. A pesar de haber cumplido ya los treinta, carecía de hogar, de carrera, de esposa o novia, de amigos íntimos de ninguna clase. Si volvía la vista atrás, en su vida solo se acumulaban sueños frustrados. Había deseado ser un artista de fama, pero la cúpula del mundo artístico lo rechazó; había anhelado participar en una victoria de Alemania contra los Aliados, durante la primera guerra mundial, pero en noviembre de 1918 fue testigo de la humillante derrota de su país. Estaba resentido y enfadado, con ganas de encontrar un chivo expiatorio.

En la citada carta — fechada el 16 de septiembre de 1919 y dirigida a otro soldado como él, llamado Adolf Gemlich —, Hitler especificaba claramente a quién atribuía la responsabilidad no solo de su situación personal, sino del sufrimiento de toda la nación alemana. «Vive entre nosotros — escribió Hitler — una raza no alemana, una raza extranjera, que ni está dispuesta a sacrificar sus características raciales ni es capaz de hacerlo ... y sin embargo posee todos los derechos políticos, al igual que nosotros ... Todo cuanto lleva a los hombres a aspirar a lo más alto, ya sean la religión, el socialismo o la democracia, es para ella solo un medio al servicio de un fin: satisfacer su ansia de dinero y dominio. Su actividad tiene por consecuencia una

tuberculosis racial en las naciones».¹ Este enemigo identificado por Hitler era «el judío». Luego añadía que todo gobierno alemán debía tener, como «objetivo último», la «expulsión irrevocable de los judíos».

Es un documento extraordinario, no solo porque nos permite adentrarnos en cómo pensaba en 1919 el hombre que más adelante instigaría el Holocausto, sino también porque es la primera prueba irrefutable de las ideas antisemitas de Hitler. En su autobiografía, *Mein Kampf* (*Mi lucha*), que escribió cinco años después, Hitler afirmó que ya odiaba a los judíos cuando se esforzaba por destacar en los círculos artísticos de Viena, en los primeros años del siglo xx. Pero algunos historiadores dan poco crédito a esta versión simplificada de su propio pasado² y han puesto en duda que en verdad fuera tan antisemita durante los años de Viena y de servicio como soldado en la primera guerra mundial.³

Esto no equivale a decir que Hitler se volvió antisemita de la noche a la mañana, en septiembre de 1919. Al escribir aquella carta partía de corrientes de pensamiento antisemita que habían circulado antes por Alemania, tanto durante la guerra mundial como inmediatamente después; tal es así, que en realidad ninguna de las ideas que recogió en aquella carta era original. Aunque con el tiempo se convertiría en el defensor más infame del antisemitismo, Hitler se basaba en una historia de intensa persecución.

El antisemitismo, por descontado, no era nada nuevo. Sus orígenes se remontan no a cientos, sino a miles de años. En la fase inicial del cristianismo, por ejemplo, aunque el propio Jesús había nacido en el seno del judaísmo, varios pasajes bíblicos hacen hincapié en la hostilidad de «los judíos». El evangelio de san Juan afirma que los judíos «tenían intención de matar» a Jesús;⁴ en determinado momento incluso cogen piedras para arrojarlas.⁵ Jesús, por su parte, los califica de hijos del «diablo».⁶

Así pues, el más sacro de los textos cristianos incluía en su seno ideas perniciosas sobre los judíos; varias generaciones de sacerdotes tildaron a los judíos de pueblo «pérfido» que había «ansiado la muerte de Jesucristo Nuestro Señor».⁷ No es difícil comprender, por lo tanto, por qué la persecución de los judíos fue un hecho corriente en una

Europa medieval dominada por la cultura cristiana. En numerosos países se prohibió que los judíos poseyeran tierras, ejercieran determinadas profesiones y vivieran donde se les antojara. Durante diversos períodos, en varias ciudades de toda Europa, se obligó a los judíos a vivir en guetos y vestirse con un distintivo específico; en la Roma del siglo XIII, por ejemplo, era una insignia amarilla. Uno de los pocos trabajos en los que podían emplearse era el de prestamista, pues a los cristianos se les prohibía ejercer la «usura»; como se evidencia en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, el prestamista judío se convirtió en una figura odiada. En Alemania, en 1543, Martín Lutero escribió *Sobre los judíos y sus mentiras*. Los judíos, según Lutero, «no son sino ladrones y timadores que no hay día que no coman bocado o lleven prenda de ropa que no hayan robado y hurtado a nosotros por medio de su maldita usura»; el teólogo pidió al pueblo que los «expulsen para siempre de este país ... ¡Fuera de una vez!». ⁸

La Ilustración trajo mejor suerte a los judíos europeos. Durante este período de progreso científico y político se pusieron en duda muchas creencias tradicionales. Por ejemplo, se planteó si los judíos «merecían» el trato recibido o si eran simples víctimas de los prejuicios. En 1781, el historiador alemán Christian Wilhelm von Dohm defendió la emancipación de los judíos y señaló que «todo cuanto se reprocha a los judíos es un efecto de las condiciones políticas en las que ahora viven». ⁹ En Francia, a partir de la Declaración de los Derechos del Hombre, de 1789, los judíos se convirtieron en ciudadanos «libres e iguales» ante la ley. Durante el siglo XIX, en Alemania, se levantaron muchas de las prohibiciones existentes, por ejemplo los vetos profesionales.

Sin embargo, todas esas libertades tuvieron su coste. Así, al mismo tiempo que los judíos alemanes podían gozar de las nuevas oportunidades, el país vivía una transformación colosal: ningún otro país de Europa cambió con tanta rapidez como Alemania en la segunda mitad del siglo XIX. La producción de carbón ascendió de 1.500.000 toneladas (1850) a 100 millones (1906). ¹⁰ La población pasó de los poco más de 40 millones de habitantes de 1871 a más de 65 millones en 1911. También se produjo una transformación política, marcada por la unificación del país en 1871. En la estela de toda esta agita-

ción, surgieron profundos interrogantes sobre la naturaleza cultural y espiritual de esta nueva nación. Entre ellas, no tuvo poca importancia la de: ¿qué significa ser «alemán»?

Los defensores del poder del *Volk* tenían respuesta a este interrogante. Aunque por lo general *Volk* se traduce al inglés como *people* («el pueblo»), [o *the German people*, «los alemanes»], carecemos de una palabra que baste para reproducir toda la amplitud del concepto. Los teóricos de lo *völkisch* [popular-nacional] veían una conexión casi mística entre un grupo de habitantes que hablan la misma lengua y poseen una herencia cultural compartida con la tierra de su país natal. Como reacción al crecimiento repentino de las ciudades y la contaminación que emanaba de las fábricas de reciente construcción, estos teóricos ensalzaban la gloria del paisaje rural alemán, en particular la fuerza del bosque. En *Land und Leute* («Tierra y pueblo»), una de las más famosas odas al *Volk*, el profesor Wilhelm Heinrich Riehl escribió: «Un pueblo tiene que extinguirse si ya no es capaz de comprender el legado de los bosques que le dan vigor y rejuvenecen. Debemos preservar el bosque, no solo para que no se apaguen las estufas en invierno, sino también para mantener cálido y feliz el pulso del pueblo de forma que los alemanes puedan seguir siendo alemanes». ¹¹ Riehl, que escribía mediado el siglo XIX, advertía contra el peligro que representaba no solo el crecimiento de las ciudades, sino también todo un símbolo de la modernidad, el ferrocarril: «El campesino, en especial, siente que ya no puede seguir siendo el “campesino de siempre” al lado del nuevo ferrocarril ... todo el mundo teme convertirse en alguien distinto, y quienes pretenden privarnos de nuestra forma de vida característica no se asemejan tanto a buenos espíritus como a espectros del infierno». ¹²

El concepto del *Volk* cobraría una importancia inmensa para Hitler y los nazis. El ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, llegó a encargar una película específica, titulada *Ewiger Wald* («Bosque eterno»), que vio la luz en 1936 y glorificaba el poder y la importancia de los bosques y los campesinos. «Nuestros ancestros fueron un pueblo forestal —decía el comunicado de prensa que acompañaba a la cinta—, su Dios vivía en cuevas sagradas, su religión surgió de los bosques. Ningún pueblo puede vivir sin el bosque y los culpables de la

deforestación caerán en el olvido». ¹³ El comentario final de la película reforzaba este lazo entre *Volk* y bosque: «¡El pueblo, como el bosque, resistirá para siempre!». ¹⁴

Antes de la primera guerra mundial, el movimiento juvenil más popular de Alemania fue el Wandervogel [Ave de paso], una organización que pedía a los jóvenes que viajaran al campo para recuperar la conexión entre el pueblo alemán y la tierra de Alemania. «Era un movimiento espiritual —afirma Fridolin von Spaun, que se unió al Wandervogel durante la adolescencia—. Era una reacción contra la era del emperador Guillermo, centrada exclusivamente en la industria y el comercio». ¹⁵ Otros jóvenes alemanes se sumaron a grupos como la Liga Gimnástica Alemana, que hacía ejercicio al aire libre. «La primera vez que vi una esvástica fue en la Liga Gimnástica Alemana —cuenta Emil Klein, que se había incorporado a la Liga antes de la primera guerra mundial—. Las cuatro F —*frisch* [fresco], *fromm* [pío], *fröhlich* [alegre] y *frei* [libre]— se cruzaban para formar una doble esvástica en la insignia, una insignia de bronce que nos identificaba». ¹⁶ Varios grupos *völkisch* adoptaron la esvástica. Creían que este símbolo antiguo, empleado por diversas culturas en el pasado, representaba un vínculo de unión con sus antecesores más antiguos, en parte porque se habían encontrado inscripciones similares en varias reliquias arqueológicas alemanas.

Todas estas novedades supusieron un problema para los judíos alemanes, que quedaban excluidos del concepto de *Volk*. En su mayoría, los judíos de Alemania vivían en ciudades y trabajaban en empleos que eran la antítesis del ideal *völkisch*: los judíos, a todas luces, no habían «surgido del bosque». En *Soll und Haben* —*Debe y Haber*, una novela alemana enormemente popular, publicada en 1855—, ¹⁷ el personaje central, el empresario judío Veitel Itzig, es descrito como una persona odiosa, obsesionada con el dinero, que engaña a los alemanes, tan honrados como ingenuos. Itzig es un parásito y su vida no podría estar más alejada del ideal noble del campesino que labra la tierra.

Pese a que no todos los partidarios de la idea del *Volk* eran antisemitas, aun así el judío se convirtió, para el movimiento *völkisch*, en un símbolo de todo cuanto iba mal en la nueva Alemania. Si eras un

campesino con dificultades para lidiar con el crecimiento repentino de las ciudades y la realidad de los trenes que se habían puesto a atravesar tus tierras, podías echar la culpa a los judíos. Si eras un comerciante preocupado porque los clientes se estaban pasando a los nuevos grandes almacenes, podías echar la culpa a los judíos. Si trabajabas en un taller de artesanía que no podía vender sus productos porque los bienes de fabricación industrial copaban el mercado, podías echar la culpa a los judíos.

Naturalmente, todos estos argumentos se basaban en un prejuicio. Si los judíos alemanes vivían en ciudades, abrían grandes almacenes y creaban industrias, era en buena medida porque se les había apartado, durante cientos de años, de los empleos que lo *völkisch* ensalzaba. En suma: después de haber prohibido a los judíos que tuvieran tierras en propiedad, se les reprochaba falta de arraigo en la tierra. Esta antipatía creciente hacia los judíos era tanto más sorprendente cuanto que en Alemania apenas vivían judíos: menos del 1 % de la población de Alemania era judía. Muchos alemanes no conocieron a ningún judío en persona. Pero la ausencia de judíos no frena por sí sola el antisemitismo.

Los viejos prejuicios contra los judíos alemanes no desaparecieron con el auge del movimiento *völkisch*, por lo tanto, sino que se consolidaron. Paul Lagarde, uno de los *völkisch* más netamente antisemitas, despotricaba con palabras que no habrían disgustado a Martín Lutero. «Somos antisemitas —escribió en *Juden und Indogermanen* [Judíos e indogermanos], publicado en 1887 —porque en la Alemania del siglo XIX los judíos que viven entre nosotros representan puntos de vista, costumbres y exigencias que se remontan a los tiempos de la división en pueblos, poco después del Diluvio ... porque en mitad de un mundo cristiano, los judíos son herejes asiáticos». Los judíos, según Lagarde, eran «un pueblo que, durante miles de años, no ha aportado nada a la historia».¹⁸

La falsa percepción de que los judíos eran al mismo tiempo una fuerza extranjera y el secreto poder en la sombra de la nueva Alemania hizo que Heinrich Class, jefe de la Liga Panalemana, escribiera *Wenn ich der Kaiser wär* [Si yo fuera el káiser]. El libro de Class, publicado en 1912, dos años antes de que estallara la primera guerra

mundial, relacionaba la necesidad de que «nuestra vida nacional recobre la salud» con la exigencia de «desterrar del todo ... la influencia judía, o reducirla a un nivel inocuo y soportable». ¹⁹ Class propuso diversas medidas restrictivas contra los judíos. Así, reclamó que los periódicos que eran propiedad de judíos o daban empleo a autores judíos «dieran este hecho a conocer», que se impidiera a los judíos prestar servicio en el Ejército o la Armada y que se les vetara el acceso a profesiones como la enseñanza o el Derecho.

En paralelo al antisemitismo *völkisch* y el «tradicional» de base cristiana, estaba creciendo también una hostilidad muy distinta. Era la idea que defendía Hitler en su carta de septiembre de 1919: un «antisemitismo fundado en la razón». Los antisemitas «modernos» como Hitler pretendían justificar su odio en razones seudocientíficas y alegaban que había que despreciar a los judíos no por su religión, sino por su «raza».

La idea de que los seres humanos podían clasificarse en «razas», y que algunas de ellas eran superiores a las otras, había recibido un respaldo semirrazonado con la publicación, en 1855, del *Essai sur l'inégalité des races humaines* (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*) de Arthur de Gobineau. ²⁰ De Gobineau, que de formación era diplomático, y no científico, planteó un mundo formado por tres razas: «la negra, la amarilla y la blanca». «La variante negroide es la inferior y se sitúa al pie de la escala». La raza amarilla era «claramente superior a la negra», pero aun así era «incapaz de crear una sociedad civilizada, pues no podría proporcionarle su fuerza nerviosa ni activar los mecanismos de la belleza y la acción». En lo más alto de la jerarquía racial estaba la «raza blanca», caracterizada por «un notable, si no incluso extremo, amor por la libertad». «La lección de la historia» permitía concluir que «todas las civilizaciones derivan de la raza blanca y ninguna puede existir sin su ayuda, y una sociedad será grande y brillante tan solo en la medida en que preserve la sangre del grupo noble que la creó». De Gobineau también creía que todas las «civilizaciones» europeas —incluida la de las «razas alemanas»— habían sido creadas, «al menos en parte», por un grupo denominado «arios», que habían migrado a Europa desde la India.

Houston Stewart Chamberlain, un escritor nacido en Inglaterra

que con el tiempo adquirió la ciudadanía alemana, introdujo una faceta antisemita en todo este contexto con su obra *Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts* [Fundamentos del siglo XIX], publicada en 1899. El libro se hizo muy popular, y no solo en Alemania. En su efusiva «Introducción» a la edición inglesa, lord Redesdale escribió que «ha sido reconocida con prontitud como una de las obras maestras del siglo» y que «por el bien del mundo» se había podido «cosechar el fruto maduro» del «saber y la erudición» de Chamberlain.²¹ Chamberlain defendía que si los arios representaban el ideal último, los judíos personificaban exactamente lo contrario. Aunque a primera vista no siempre era fácil distinguir a un judío de un ario, en realidad todos los judíos no eran sino «un pueblo asiático y extraño» que «con los medios más viles» había «adquirido una inmensa riqueza». ²² Ahora bien, como solo la «raza» judía y la germánica habían logrado preservar su propia «pureza», ambas estaban destinadas a combatir a muerte por la supremacía.

Como era de esperar, Chamberlain y Hitler sintieron especial afinidad mutua. Tras conocer a Hitler en 1923, Chamberlain afirmó que «acto seguido ... su condición espiritual» se había transformado.²³ A su vez, los nazis adoptaron a Chamberlain como uno de los suyos. El septuagésimo aniversario del autor, en 1925, fue muy publicitado en el periódico nazi *Völkischer Beobachter*, y sus *Grundlagen* se convirtieron en texto de cabecera.

La teoría racial despertó mucho entusiasmo —en especial, entre los grupos cuya «superioridad» ensalzaban tanto Chamberlain como De Gobineau—. La idea de que era posible evaluar a una persona por su mera apariencia física demostró ser muy atractiva. En la popular novela alemana *Helmut Harringa* (1910), un juez no puede aceptar que Harringa sea culpable porque su apariencia es demasiado pura.²⁴ Esta lección, al parecer, se la creyó a pies juntillas el *Reichsführer SS* Heinrich Himmler. Cuando pasaba revista a una unidad de las SS, en 1938, un soldado le «llamó» la atención debido a su «aspecto». El simple aspecto bastó para que Himmler lo considerara un «hombre capaz, de buena sangre alemana». Himmler investigó sus orígenes y pidió que lo ascendieran.²⁵

Aún hay que añadir otro elemento a esta combinación tóxica de

antisemitismo «tradicional», *völkisch* y «racial»: la aparición del movimiento eugenésico. La palabra «eugenesia» (del griego, literalmente: «buena raza») fue acuñada por el científico inglés Francis Galton. En su obra de 1869 *Hereditary Genius* [El genio hereditario] defendió que la sociedad debía afrontar una pregunta simple, pero crucial: ¿a quién se le permitía procrear? Alegaba que, mediante una «selección cuidadosa», sería posible «producir una raza de hombres de gran talento, por medio de matrimonios sensatos, a lo largo de varias generaciones consecutivas». La sociedad debía reconocer que «cada generación posee un poder enorme sobre los dones naturales de los que la seguirán» y, por lo tanto, era su deber «para con la humanidad investigar el alcance de ese poder y ejercerlo de forma que, sin perjudicarnos a nosotros mismos, resulte de la mayor ventaja para los futuros habitantes de la Tierra».²⁶

Galton nunca propuso impedir por la fuerza que determinadas personas pudieran tener hijos, pero otros sí lo hicieron. En 1895, el alemán Alfred Ploetz, defensor de la eugenesia —«higiene racial», en sus palabras— planteó la posibilidad de que los médicos decidieran si los recién nacidos debían vivir o morir, según fuera su valor racial. También aseveró que los «partidarios de la higiene racial tendrán pocas objeciones contra la guerra, pues en ella ven uno de los medios a través de los cuales las naciones llevan a cabo la batalla por la existencia». A este respecto también sugirió que, durante una batalla, se usara a los «inferiores» raciales como «carne de cañón», situándolos en las posiciones más peligrosas.²⁷

Muchos de los pioneros de la eugenesia no eran antisemitas —Ploetz, por ejemplo, entendía que los judíos eran «de raza aria»—, pero sus enseñanzas fueron de enorme valor para quienes sí odiaban a los judíos. Así, la idea de que la «higiene racial» era esencial para la salud de una nación, combinada con la noción de Chamberlain de que la raza judía representaba una amenaza para el pueblo «ario», añadía un elemento potencialmente catastrófico al caldo de cultivo antisemita. El antisemitismo tradicional se basaba en la religión, con lo cual, si un judío se convertía al cristianismo, tenía una oportunidad de escapar a la persecución. Pero la idea de que el «ser judío» era un componente inherente a la persona —que estaba presente en su san-

gre, según los nazis llegaron a creer— suponía que no había escapatoria. La propia «raza», que uno mismo no podía controlar, era el propio destino. Daba igual que uno fuera la persona más extraordinariamente amable y generosa que quepa imaginar; si pertenecía a una «raza» considerada inferior o peligrosa, corría peligro.

En su carta de septiembre de 1919, Hitler afirmó expresamente que «los judíos son, sin lugar a dudas, una raza, no una comunidad religiosa». Era una idea crucial en su razonamiento antisemita. En consecuencia, para él, apenas importaba qué religión practicara «el judío», pues «apenas hay raza ninguna cuyos miembros pertenezcan, todos ellos, a una única religión».

Sin embargo, aunque los nazis buscaron desesperadamente una prueba que les permitiera detectar la «sangre judía», nunca dieron con un método científico de identificación «racial» de los judíos —como, por otro lado, tampoco es de extrañar—. En consecuencia, cuando los nazis empezaron a perseguir y, más adelante, a exterminar a los judíos, tuvieron que partir de una prueba religiosa de la «condición judía»: decidían si uno era judío según la cantidad de abuelos que hubieran practicado la ley mosaica. Aun así, los nazis seguían creyendo que los judíos eran una «raza», no una «religión». La primacía de la raza era crucial en la concepción del mundo hitleriana, hasta el punto de que Hitler nunca iba a permitir que un asunto menor como la ciencia se cruzara en el camino de sus creencias.

En este punto es preciso hacer una advertencia. Dado que, como hemos visto, la creencia antisemita alemana fue anterior a la aparición de Hitler y del nazismo como fuerza política, cabría pensar, quizá, que existe una línea directa entre el odio anterior a la primera guerra mundial y el antisemitismo del Tercer Reich y el Holocausto; es decir, que el horror posterior era, en cierto modo, inevitable. Pero esta perspectiva es errónea por dos razones de importancia. En primer lugar, pese a la vehemencia de sus ideas, los partidos antisemitas de Alemania no habían convencido al resto del país. Se ha calculado que en la representación parlamentaria del Reichstag de 1893 tan solo había dieciséis representantes electos de grupos antisemitas, más una docena de miembros de otros partidos que apoyaban esas ideas.²⁸ La abrumadora mayoría de los votantes alemanes —¡el 95 %!— no

estaban dispuestos a depositar su confianza en partidos abiertamente antisemitas.

Por descontado, tales estadísticas no ponen de manifiesto el prejuicio latente contra los judíos. Este debía de ser importante, porque, como se ha visto, hacía siglos que había en Alemania un antisemitismo de base cristiana. Ahora bien, en la misma época, muchos otros países europeos exhibieron rasgos antisemitas. Aquí hallamos la segunda razón por la que no debe exagerarse el antisemitismo de Alemania: si uno hubiera vivido en los primeros años del siglo xx y le hubieran preguntado qué país se iba a caracterizar, en el futuro, por una política de exterminio de los judíos, difícilmente habría apuntado Alemania; muy probablemente se habría decantado por Rusia. En efecto, en la Rusia de preguerra, los judíos sufrieron una violencia antisemita verdaderamente espantosa. En un pogromo —palabra que viene directamente del ruso *pogrom*— contra los judíos de Kishiniov (Chişinău), en abril de 1903, se destruyeron cientos de casas y tiendas y se dio muerte a 49 judíos. Los judíos habían sido acusados, de forma tan falsa como absurda, de asesinar a niños para utilizar su sangre en la preparación de panes para la Pascua. Dos años después, en octubre de 1905, en Odesa, se destruyeron cerca de 1.600 hogares y se mató o hirió a varios miles de judíos.²⁹ Son tan solo dos ejemplos de los ataques asesinos que sufrieron los judíos en la Rusia de este período, pero hubo muchos más. En total, cerca de dos millones de judíos huyeron de Rusia entre 1880 y el estallido de la primera guerra mundial, buscando una vida mejor y menos insegura. En Alemania, durante este período, no se vivió nada similar. Los judíos alemanes que leyeran noticias sobre los ataques asesinos de Odesa y Kishiniov se habrían considerado afortunados de vivir en un país civilizado en el que tal clase de cosas no tenían cabida.

En todo caso, no es fácil precisar cuál fue la actitud de Hitler hacia los judíos antes de la primera guerra mundial. Vivió en Viena entre 1908 y 1913, donde sintió admiración por el alcalde, Karl Lueger, un antisemita acérrimo, que en cierta ocasión afirmó que el hecho de que los judíos tuvieran el control de periódicos y capital no era sino «terrorismo de lo más funesto» y que él ansiaba liberar al pueblo cristiano del «dominio judío». ³⁰ Lueger también creía que los judíos eran

el «peor enemigo del pueblo alemán».³¹ Pese a tal admiración, es discutible que Hitler, en esta época, reprodujera siquiera tales puntos de vista. En cambio, no cabe duda de que en Viena estaba dispuesto a vender sus pinturas a marchantes de arte judíos.³² Tal vez, como ha sugerido uno de los expertos en la materia, a la vez que era «pragmático» en el trato con los judíos se había empapado ya del antisemitismo de Viena.³³ Sencillamente, no lo sabemos con certeza.

No cabe duda alguna, en cambio, de que en la primera guerra mundial Hitler dio un apoyo pleno e incondicional a la causa alemana y participó en el conflicto con entusiasmo. En agosto de 1914 solicitó ingresar en un regimiento bávaro, es decir, como soldado del ejército alemán, no del austríaco. Hitler era pangermanista a ultranza y, aunque había nacido en Austria, se consideraba antes que nada alemán. En el ejército se condujo con valentía y fue distinguido con la Cruz de Hierro de primera clase. En la segunda guerra mundial solía llevar esa misma Cruz de Hierro en su chaqueta, sin mencionar, eso sí, que quien le había recomendado para el galardón había sido un oficial judío, Hugo Gutmann.³⁴

En 1916, la guerra pintaba mal para los alemanes. En el frente había tablas y en el país escaseaba la comida. Quedaba claro que la idea en la que se habían basado los planes del Estado Mayor General —la idea de una victoria rápida— era en realidad una fantasía. Se buscaba un chivo expiatorio al que culpar de las dificultades de Alemania y muchos empezaron a dirigirse a los judíos. El ministro de la Guerra prusiano afirmó que su departamento recibía quejas «constantes» de la «mayoría de la población», según las cuales «una multitud de hombres de fe israelita» escurrían el bulto en vez de cumplir con el deber de luchar en el frente.³⁵ De resultas se llevó a cabo un censo del número de judíos que participaba activamente en la guerra. Los resultados no se llegaron a conocer nunca. Cundió la sospecha de que las autoridades alemanas, tras descubrir que los datos recopilados ponían de manifiesto la injusticia y falsedad de la acusación, prefirieron ocultar la verdad.

Objetivamente, el porcentaje de alistamiento de los judíos alemanes era igual al de los no judíos. Pese a todo, pervivió la mentira de que, de un modo u otro, habían evitado cumplir con su deber patrió-

tico. En la década de 1920, por ejemplo, el periódico *Der Schild* publicó la calumnia de que «cerca del frente se había construido un hospital de campaña para judíos, generosamente equipado con los últimos útiles de la medicina y un personal exclusivamente judío. Tras ocho semanas de espera trató a su primer paciente, un hombre que llegó chillando de dolor porque una máquina de escribir le había caído encima de un pie».³⁶

No era la primera vez en la historia que los judíos se convertían en chivo expiatorio. Walther Rathenau, influyente político e industrial judío, dirigió en 1916 estas palabras proféticas a un amigo: «Cuantos más judíos mueran [en combate] en esta guerra, más obstinadamente sus enemigos intentarán demostrar que estaban todos sentados en la retaguardia para poder beneficiarse de la especulación. El odio se va a duplicar o triplicar».³⁷

Las circunstancias en las que terminó la primera guerra mundial, en lo que respectaba a Alemania, dieron a los antisemitas más oportunidades para echar la culpa a los judíos. En primer lugar, porque tras el armisticio de noviembre de 1918 hubo un levantamiento socialista. El *Ruhr-Echo* proclamó que «la bandera roja debe ondear victoriosa sobre toda Alemania. Alemania debe convertirse en una república de sóviets y, al unísono con Rusia, en un trampolín para la próxima victoria de la revolución y el socialismo mundiales».³⁸ En abril de 1919, un grupo revolucionario proclamó una «república soviética» en Baviera. Los comunistas, encabezados por Eugen Leviné, intentaron imponer en Múnich medidas de socialismo radical, como por ejemplo apoderarse de pisos de lujo para alojar a pobres. Además recurrieron a la violencia para conseguir sus fines: el 30 de abril se asesinó a diez prisioneros. En mayo de 1919, el Freikorps —«cuerpo libre» de paramilitares derechistas— atravesó Baviera, entró en Múnich y derrotó a los comunistas. La venganza fue sangrienta y costó la vida a más de un millar de revolucionarios.

Entre los revolucionarios más destacados, varios eran judíos. Así, algunos jóvenes como Fridolin von Spaun (que se unió a un Freikorps nada más concluir la primera guerra mundial) justificaron su antisemitismo mediante una cruda asociación entre judaísmo y comunismo. «Casi todos los que enviaron a Baviera para instalar un régimen de

consejos [soviéticos] eran judíos —afirma Von Spaun—. Por descontado, también sabíamos, por Rusia, que los judíos ocupaban posiciones de gran influencia. Así que en Alemania fue arraigando la convicción de que el bolchevismo y el judaísmo eran lo mismo o casi lo mismo.»³⁹

A los judíos no se les acusó tan solo de instigar una revolución comunista en Alemania. También se los responsabilizó de que se perdiera la guerra; de destruir el viejo régimen político, basado en el káiser; de aceptar los términos del odiado tratado de paz de Versalles; y de participar en el gobierno de Weimar, que asistió a la inflación extrema de los primeros años de la década de 1920.

Los antisemitas adujeron que en todas esas cuestiones políticas se constataba la intervención judía. Por ejemplo, destacaban que la constitución de Weimar había sido redactada por el jurista judío Hugo Preuss; que en 1917, el presidente del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania era el judío Hugo Haase; que otro estadista judío, Otto Landsberg, había acudido a Versalles como ministro de Justicia y había escuchado las exigencias de los Aliados en la conferencia de paz posterior a la guerra; y que el industrial judío Walther Rathenau no solo había trabajado en el Ministerio de Guerra durante el conflicto, sino que después había sido ministro de Exteriores del gobierno de Weimar.

Todos los hechos anteriores son ciertos. Pero no representan adecuadamente la verdad global. No solo resultaba absurdo atribuir a estadistas judíos la responsabilidad única de decisiones colectivas en las que solo habían tenido un papel parcial, sino que ningún intento de «culpar» individualmente a esas personas resistía un escrutinio riguroso. Por ejemplo, aunque era cierto que Hugo Preuss había participado en la redacción de la constitución de Weimar, la versión última no era suya y contenía cláusulas que él no había escrito. Del mismo modo, aunque Otto Landsberg acudió a Versalles para escuchar las exigencias de los Aliados, los antisemitas se cuidaban de callarse que el tratado le pareció tan inaceptable que presentó la dimisión. En cuanto a Hugo Haase y Walther Rathenau, ambos fueron asesinados poco después de la guerra (Haase en 1919 y Rathenau en 1922), por lo que difícilmente cabía adscribirles los defectos políticos posteriores del Estado de Weimar.

Pero los prejuicios solo funcionan si se pasan por alto determinados hechos y se exageran otros, y los alemanes carecían del ánimo preciso para poner en duda su propia respuesta emocional ante la penosa situación en la que se hallaban. Muchos millones de alemanes sufrían la carestía de alimentos provocada por el bloque naval del país, que los Aliados mantuvieron hasta el verano de 1919 para forzar al nuevo gobierno a firmar el convenio de paz. La nación también padecía los efectos de la epidemia de gripe de 1918, que causó un sufrimiento ingente y un número elevado de muertes. Ante tal estado de cosas —unido al temor a una inminente revolución comunista—, muchos optaron por el antisemitismo como forma fácil de explicar sus penalidades. Theodor Eschenburg, por ejemplo, contaba catorce años cuando la guerra acabó, y recuerda que su padre, de golpe, «desarrolló un antisemitismo racial que antes no había mostrado. La revolución mundial, los banqueros mundiales, la prensa mundial, ¡todo lleno de judíos!». ⁴⁰

En este contexto —una guerra perdida, un descontento colosal— surgió una nueva fuerza política en el sur de Alemania: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. En pocas palabras: los nazis.